**Domingo 18º T.O. (B) (05.08.2018): Juan 6,24-35.**

***“No fue Moisés… Soy yo”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

El domingo pasado se leyó en la asamblea el texto del Evangelio de Juan 6,1-15. En este primer domingo de agosto se nos va a anunciar el relato de Juan 6,24-35. Y si permanecemos atentos a la lectura del domingo siguiente, día 12, se constatará que está tomada de Juan 6,41-51. ¿Por qué se silencian los mensajes de los versículos (6,16-23 y 6,36-40)? Si esta es la propuesta del Vaticano para leer la palabra de los Evangelios, confieso que no la obedeceré. Deseo leer todo.

Recordé, en mi comentario anterior, que este Evangelista nos habla en el capítulo quinto de su Evangelio de la fiesta del sábado, en su capítulo sexto de la fiesta de la Pascua y a partir del capítulo séptimo nos sitúa en la fiesta judía de las Tiendas.

En cada una de estas fiestas se narra un signo o señal, como aquella primera del agua convertida en vino (Juan 2,1-11) y aquella otra segunda señal en Jn 4,43-54. El signo que el Jesús de Juan realiza en la fiesta de la Pascua es la señal de la comida y del paso del mar. Es el signo evocador de la experiencia del éxodo. La pascua nueva. La suya. Este judío y laico del norte se presenta como la Pascua de los judíos. ¿Es la Pascua de un profeta o de un blasfemo?

Este experimentado narrador que decimos llamarse Juan el Evangelista pone en labios de su Jesús de Nazaret y en cada una de estas fiestas (Sábado, Pascua, Tiendas) un largo discurso en el que se atreve a justificar por qué el sábado dejó de tener sentido y por qué este Jesús es el nuevo sábado que desparaliza. Se atreve a justificar por qué la Pascua judía se quedó vacía de sentido y por qué este Jesús es la nueva Pascua liberadora...

He decidido en esta nueva semana leerme el capítulo sexto de Juan completo. Y he vuelto a constatar cada uno de estos tres elementos citados: la fiesta, el signo o señal y el discurso puesto por el narrador en boca de Jesús. En ningún otro Evangelio encuentro unos discursos semejantes a éstos. ¿Cómo es posible que sea el último Evangelio, escrito en la década final del siglo primero, el que nos haya conservado discursos tan lúcidos, extensos y teológicos de un Jesús tan poco hablador como es el que nos presenta Marcos, el primer Evangelista?

Que cada lector lea, se pregunte, trate de encontrar respuestas y decida qué hacer con las experiencias y opciones de su vida. En esta semana se me invita a leer el comienzo de esta larga reflexión de Jesús que comienza así: *“En verdad, en verdad, os digo. Vosotros me buscáis…, porque habéis comido pan…”* (Juan 6,26).

Nos invita la lectura seleccionada a leernos solo **Juan 6,24-35**. Como escribía, estamos ante la primera parte de las palabras puestas en boca de Jesús desde la experiencia encarnada en el Evangelista y en su propia comunidad. Y me guardo, ahora y para mi meditación, tres expresiones de este Jesús: ***‘Me buscáis…, porque habéis comido panes’… ‘No fue Moisés quien os dio el pan del cielo’... Y ‘Yo soy el pan de la vida’***. No dejaré de preguntarme qué hizo aquel judío y laico Jesús para haber desautorizado lo más nuclear de su Religión y haberse atrevido a proponer, según este Evangelista, un solo y sencillo y natural y humano camino: “Amaos unos a otros. En esto reconocerán todos que sois mis discípulos” (Jn 13,35). Nada más.

**Domingo 36º de Lucas (05.08.2018): Lucas 14,1-35.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

En el comentario anterior leímos que *“mientras iba de camino hacia Jerusalén, Jesús enseñaba en todos los poblados por donde pasaba”* (Lucas 13,22). Leeremos más adelante que *“de camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea”* (Lucas 17,11). Entre ambas referencias del texto, el Evangelista Lucas nos relata lo que podríamos llamar ‘la segunda etapa del camino’. Un camino que no es geográfico, sino simbólico, humano o incluso teológico, porque ‘ese camino’ es el propio Jesús y sus opciones como hombre judío y galileo.

En el comienzo de esta segunda etapa ya nos presentó Lucas a su Jesús enfrentado con las personas e instituciones de su propia religión judía (13,23-35). Y en esta ‘tarea evangelizadora’ continúa en el texto de **Lucas 14,1-35**, que ahora leo y comento.

Esta nueva y misma cosa (la misión) de la ‘evangelización’ comienza así: *“Y sucedió que, habiendo ido en sábado a casa de uno de los jefes de los fariseos para comer, ellos le estaban observando”* (Lc 14,1- 22). Memorizo estos cuatro elementos del texto: sábado, fariseos, comer y observar. En este contexto de encuentro y diálogo entre distintas maneras de comprender y vivir la única Religión judía, el narrador de los hechos pone sobre la realidad del encuentro la presencia de un enfermo hidrópico.

¿Qué tipo de enfermedad es ésta? Me encanta la tesis doctoral que identifica esta ‘hidropesía’ con ‘la obsesión por el agua’. Precisamente por el ‘agua que purifica’, porque el peligro de la impureza es constante. Y constante debe de ser su limpieza. No he leído sobre esto en Freud, pero casi me lo imagino en sus interpretaciones. Este hidrópico es un obseso por la limpieza de toda mancha que impurifica, según se habla en todo el libro del Levítico.

¿Qué hacen los ‘hombres de una religión’ con una persona obsesionada con el cumplimiento de los, más o menos, 613 mandatos de los expertos legistas y fariseos de la Ley de Moisés? Esta es la pregunta que Lucas pone en labios de su Jesús: “*¿Se puede sanar en sábado a una persona, sí o no?* “ (Lc 14,3).

Todo lector sabe ya la respuesta a esta pregunta por habérsela leído y meditado en Lc 13,10-21. Para este evangelizador Jesús, sí se puede. No sólo se puede, sino que lo realiza. Rompe con la Ley, la del sábado, de la pureza, de las tradiciones... Este Jesús es un blasfemo. Y para comprender esta blasfema desobediencia de Jesús, el Evangelista le pone en sus labios una preciosa reflexión sobre la comida y los comensales... ¡del y en el Reino-reinado de Dios!

Lucas 14,7-24 acaba con estas durísimas palabras de este Jesús para sus creyentes judíos: *“Ninguno de los invitados probará mi cena”.* Ningún invitado es decir ‘ningún creyente y seguidor-cumplidor’ de la Ley de Moisés y de su Dios Yavé. Frente a este seguimiento de la Ley de Israel habla ahora el Evangelista del ‘seguimiento de su Jesús de Nazaret’ en Lucas 14,25-35. Se habla de este ‘seguimiento de Jesús’ antes del famoso capítulo decimoquinto del hombre que tenía ‘dos hijos’. Leo despacio este final del capítulo decimocuarto y constato que ser ‘seguidor de este Jesús’ nada tiene que ver con ninguno de nuestros siete sacramentos.